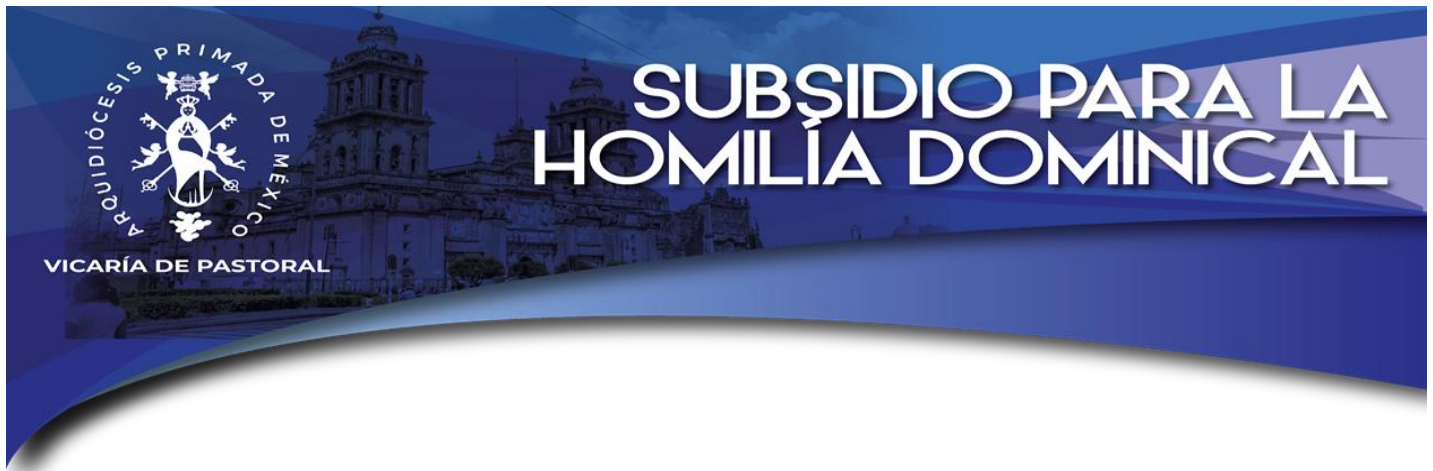


29 DE MARZO DE 2026
DOMINGO DE RAMOS DE LA PASIÓN DEL SEÑOR CICLO A



LECTURAS

Isaías 50,4-7: Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados. El Señor Dios me ha abierto el oído; y yo no me he revelado ni me he echado atrás: ofrecí la espalda a los que me golpeaban, la mejilla a los que mesaban mi barba. No oculté el rostro a insultos y salivazos. Mi Señor me ayudaba, por eso no quedaba confundido; por eso ofrecí el rostro como pedernal, y sé que no quedaré avergonzado.

Sal 21: Al verme se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre si tanto lo quiere». Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía ven corriendo a ayudarme. Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. Fieles del Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo; temedlo, linaje de Israel.

Filipenses 2,6-11: Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se dobla —en el cielo, en la tierra, en el abismo—, toda lengua proclame: «¡Jesucristo es Señor!», para gloria de Dios Padre.

Mateo 26,14-27,66: En aquel tiempo uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: «¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?». Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando

oportunidad propicia para entregarlo. ¿Dónde quieres que te preparemos la Pascua? El primer día de los ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?». Él contestó: «Id a casa de Fulano y decidle: «El Maestro dice: Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos»». Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Uno de vosotros me va a entregar Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: «Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar». Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: «¿Soy yo acaso, Señor?». Él respondió: «El que ha mojado en la misma fuente que yo, ése me va a entregar. El Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!, más le valdría no haber nacido». Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: «¿Soy yo acaso, Maestro?». Él respondió: «Así es». Esto es mi cuerpo. Ésta es mi sangre Durante la cena, Jesús cogió pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a los discípulos diciendo: «Tomad, comed: esto es mi cuerpo». Y cogiendo un cáliz pronunció la acción de gracias y se lo pasó diciendo: «Bebed todos; porque ésta es mi sangre, sangre de la alianza derramada por todos para el perdón de los pecados. Y os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta el día que beba con vosotros el vino nuevo en el Reino de mi Padre». Cantaron el salmo y salieron para el monte de los Olivos. Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas Entonces Jesús les dijo: «Esta noche vais a caer todos por mi causa, porque está escrito: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño». Pero cuando resucite, iré antes que vosotros a Galilea». Pedro replicó: «Aunque todos caigan por tu causa, yo jamás caeré». Jesús les dijo: «Te aseguro que esta noche, antes que el gallo cante tres veces, me negarás». Pedro le replicó: «Aunque tenga que morir contigo, no te negaré». Y lo mismo decían los demás discípulos. Empezó a entristecerse y angustiarse Entonces Jesús fue con ellos a un huerto, llamado Getsemaní, y les dijo: «Sentaos aquí mientras voy allá a orar». Y llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a entristecerse y a angustiarse. Entonces dijo: «Me muero de tristeza: quedaos aquí y velad conmigo». Y adelantándose un poco cayó rostro en tierra y oraba diciendo: «Padre mío, si es posible, que pase y se aleje de mí ese cáliz. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres». Y se acercó a los discípulos y los encontró dormidos. Dijo a Pedro: «¿No habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu es decidido, pero la carne es débil». De nuevo se apartó por segunda vez y oraba diciendo: «Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad». Y viniendo otra vez, los encontró dormidos, porque estaban muertos de sueño. Dejándolos de nuevo, por tercera vez oraba repitiendo las mismas palabras. Luego se acercó a sus discípulos y les dijo: «Ya podéis dormir y descansar. Mirad, está cerca la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega». Echaron mano a Jesús para detenerlo Todavía estaba hablando, cuando apareció Judas, uno de los Doce, acompañado de un tropel de gente, con espadas y palos, mandado por los sumos sacerdotes y los senadores del pueblo. El traidor les había dado esta contraseña: «Al que yo bese, ése es: detenedlo». Después se acercó a Jesús y le dijo: «¡Salve, Maestro!». Y lo besó. Pero Jesús le contestó: «Amigo, ¿a qué vienes?». Entonces se acercaron a Jesús y le echaron mano para detenerlo. Uno de los que estaban con él agarró la espada, la desenvainó y de un tajo le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote. Jesús le dijo: «Envaina la espada: quien usa espada, a espada morirá.

¿Piensas tú que no puedo acudir a mi Padre? Él me mandaría en seguida más de doce legiones de ángeles. Pero entonces no se cumpliría la Escritura que dice que esto tiene que pasar». Entonces dijo Jesús a la gente: «¿Habéis salido a prenderme con espadas y palos como a un bandido? A diario me sentaba en el templo a enseñar y, sin embargo, no me detuvisteis». Todo esto ocurrió para que se cumpliera lo que escribieron los profetas. En aquel momento todos los discípulos lo abandonaron y huyeron. Veréis que el Hijo del hombre está sentado a la derecha del Todopoderoso. Los que detuvieron a Jesús lo llevaron a casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde se había reunido los letrados y los senadores. Pedro lo seguía de lejos hasta el palacio del sumo sacerdote y, entrando dentro, se sentó con los criados para ver en qué paraba aquello. Los sumos sacerdotes y el consejo en pleno buscaban un falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte y no lo encontraban, a pesar de los muchos falsos testigos que comparecían. Finalmente, comparecieron dos que declararon: «Este ha dicho: «Puedo destruir el templo de Dios y reconstruirlo en tres días»». El sumo sacerdote se puso en pie y le dijo: «¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que levantan contra ti?». Pero Jesús callaba. Y el sumo sacerdote le dijo: «Te conjuro por Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios». Jesús respondió: «Tú lo has dicho. Más aún, yo os digo: desde ahora veréis que el Hijo del hombre está sentado a la derecha del Todopoderoso y que viene sobre las nubes del cielo». Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras diciendo: «Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué decidís?». Y ellos contestaron: «Es reo de muerte». Entonces le escupieron a la cara y lo abofetearon; otros lo golpearon diciendo: «Haz de profeta, Mesías; dinos quién te ha pegado». Antes que cante el gallo, me negarás tres veces Pedro estaba sentado fuera en el patio y se le acercó una criada y le dijo: «También tú andabas con Jesús el Galileo». Él lo negó delante de todos diciendo: «No sé qué quieres decir». Y al salir al portal lo vio otra y dijo a los que estaban allí: «Este andaba con Jesús el Nazareno». Otra vez negó él con juramento: «No conozco a ese hombre». Poco después se acercaron los que estaban allí y dijeron: «Seguro; tú también eres de ellos, se te nota en el acento». Entonces él se puso a echar maldiciones y a jurar diciendo: «No conozco a ese hombre». Y en seguida cantó el gallo. Pedro se acordó de aquellas palabras de Jesús: «Antes de que cante el gallo me negarás tres veces». Y saliendo, lloró amargamente. Entregaron a Jesús a Pilato, el gobernador. Al hacerse de día, todos los sumos sacerdotes y los senadores del pueblo se reunieron para preparar la condena a muerte de Jesús. Y atándolo lo llevaron y lo entregaron a Pilato, el gobernador. No es lícito echarlas en el arca de las ofrendas, porque son precio de sangre. Entonces el traidor sintió remordimiento y devolvió las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y senadores diciendo: «He pecado, he entregado a la muerte a un inocente». Pero ellos dijeron: «¿A nosotros qué? ¡Allá tú!». Él, arrojando las monedas en el templo, se marchó; y fue y se ahorcó. Los sacerdotes, recogiendo las monedas, dijeron: «No es lícito echarlas en el arca de las ofrendas porque son precio de sangre». Y, después de discutirlo, compraron con ellas el Campo del Alfarero para cementerio de forasteros. Por eso aquel campo se llama todavía «Campo de Sangre». Así se cumplió lo escrito por Jeremías el profeta: «Y tomaron las treinta monedas de plata, el precio de uno que fue tasado, según la tasa de los hijos de Israel, y pagaron con ellas el Campo del Alfarero, como me lo había ordenado el Señor». ¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús fue llevado ante el gobernador, y el gobernador le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Jesús respondió: «Tú lo dices». Y mientras lo acusaban los sumos sacerdotes y

los senadores no contestaba nada. Entonces Pilato le preguntó: «¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti?». Como no contestaba a ninguna pregunta, el gobernador estaba muy extrañado. Por la fiesta, el gobernador solía soltar un preso, el que la gente quisiera. Tenía entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Cuando la gente acudió, dijo Pilato: «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman Mesías?». Pues sabía que se lo habían entregado por envidia. Y mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir: «No te metas con ese justo porque esta noche he sufrido mucho soñando con él». Pero los sumos sacerdotes y los senadores convencieron a la gente que pidieran el indulto de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador preguntó: «¿A cuál de los dos queréis que os suelte?». Ellos dijeron: «A Barrabás». Pilato les preguntó: «¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?». Contestaron todos: «¡Que lo crucifiquen!». Pilato insistió: «Pues ¿qué mal ha hecho?». Pero ellos gritaban más fuerte: «¡Que lo crucifiquen!». Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos en presencia del pueblo, diciendo: «Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!». Y el pueblo contestó: «¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!». Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotado, lo entregó para que lo crucificaran. Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!». Luego lo escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella en la cabeza. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar. Crucificaron con él a dos bandidos. Al salir, encontraron un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz. Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir «La Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo, probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo. Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Este es el Rey de los Judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Si eres Hijo de dios, baja de la cruz. Los que pasaban, lo injuriaban y decían meneando la cabeza: «Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». Los sumos sacerdotes con los letrados y los senadores se burlaban también diciendo: «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libre ahora. ¿No decía que era Hijo de Dios?». Hasta los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban. Desde el mediodía hasta la media tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde, Jesús gritó: «Elí, Elí, lamá sabaktaní». (Es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»). Al oírlo algunos de los que estaban allí dijeron: «A Elías llama éste». Uno de ellos fue corriendo; en seguida cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían: «Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo». Jesús dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu. Entonces el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se rasgaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron. Después que él resucitó salieron de las tumbas, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos. El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados: «Realmente éste era Hijo de Dios».

Había allí muchas mujeres que miraban desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para atenderle; entre ellas, María Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los Zebedeos. José puso el cuerpo de Jesús en un sepulcro nuevo. Al anochecer llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era también discípulo de Jesús. Éste acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y Pilato mandó que se lo entregaran. José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en el sepulcro nuevo que se había excavado en una roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó. María Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro. Ahí tenéis la guardia: id vosotros y asegurad la vigilancia como sabéis. A la mañana siguiente, pasado el día de la preparación, acudieron en grupo los sumos sacerdotes y los fariseos a Pilato y le dijeron: «Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor estando en vida anunció: «A los tres días resucitaré». Por eso da orden de que vigilen el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos, se lleven el cuerpo y digan al pueblo: «Ha resucitado de entre los muertos». La última impostura sería peor que la primera». Pilato contestó: «Ahí tenéis la guardia: id vosotros y asegurad la vigilancia como sabéis». Ellos fueron, sellaron la piedra y con la guardia aseguraron la vigilancia del sepulcro.



LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

LA PARADOJA CRISTIANA ¡QUE EL CAMINO HACIA LA GRANDEZA CONSISTE EN DESCENDER!

En esta ocasión, quisiéramos centrar la reflexión en una sola de las lecturas que la liturgia del domingo de Ramos nos ofrece y esta lectura es el conocidísimo himno cristológico de Filipenses 2,6-11.

El Domingo de Ramos marca el comienzo de la Semana Santa. Desde hace muchos siglos los cristianos meditan en esta semana sobre la pasión, muerte y resurrección de Jesús. La semana comienza con una entrada mesiánica, pasa por momentos de despedida y por la traición, llega a su punto más bajo al morir Jesús en la cruz, y concluye con la victoria sobre la muerte y el pecado y la constitución de Jesucristo como Señor del mundo.

Insertado en el marco de la liturgia de la Palabra del Domingo de Ramos, este himno cristológico, preexistente en la tradición cristiana y que Pablo incorpora en su carta a los Filipenses, tiene una significación especial que marca un itinerario espiritual del discípulo. Aunque el himno comienza propiamente en el verso 6, Pablo coloca como pórtico la exhortación del verso 5: *"Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo"*.

La palabra griega *"fronein"*, que es traducida por *"sentimientos"*, hace alusión a una realidad que incluye la dimensión emotiva, pero que va más allá del mero sentimiento y se refiere a la mentalidad, a la forma en que se elaboran los juicios mediante los cuales se interpreta el mundo. El hombre es un ser que aprehende lo real mediante la observación y el contacto sensorial, para después elaborar juicios que le permiten integrar la información en un marco interpretativo que provee de significado a las cosas o acontecimientos.

Para la mentalidad bíblica, la forma de pensar impacta necesariamente la relación con las cosas o con las personas, es decir, en la forma de enjuiciar lo real se determina mi ética, mi aproximación vital a lo real. Lo que quiere decir Pablo al exhortarnos a asumir la misma forma de enjuiciar, ver o entender lo real que tiene Cristo es que debemos vivir del mismo modo. ¿Y cuál es ese modo?

Veámoslo con mayor detenimiento: *“El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre”*: se afirma de Cristo su preexistencia y su igualdad ontológica con Dios (en la teología de Pablo, la palabra *Theós/Dios* se refiere siempre al Padre). Este es el punto de partida, el Ser de Cristo. Ahora bien, la praxis de Jesús, su acción, es un movimiento de abajamiento (*kénosis* en griego) y ese abajamiento consiste en un despojamiento de su condición divina para asumir la de siervo, la de esclavo, abandonando su Ser Espíritu purísimo como Verbo increado del Padre. Estamos hablando, claro está, de la encarnación del Verbo eterno que asume la naturaleza humana del hombre Jesús de Nazaret, haciéndose en todo semejante a los hombres menos en el pecado.

Desde luego que esta afirmación ya es escandalosa para los judíos y paganos de su tiempo, pero también para nosotros, hombres del siglo XXI. A muchos cristianos les resulta fácil aceptar cierta imagen de la divinidad de Jesús (poderes sobrenaturales que todo lo curan, dominio sobre las leyes naturales, conocimiento del futuro, lectura de la mente humana, etc.), pero de hecho no aceptan una plena humanidad, con todas las limitaciones inherentes a la creatureidad, con toda su radical indigencia y debilidad, la ausencia de un conocimiento totalizador de lo real, etc. En este sentido, la antiquísima herejía docetista que negaba la realidad de la humanidad del Verbo y afirmaba que Jesús era simplemente una máscara, una fachada tras la cual se escondía el Eterno sigue presente en la mentalidad de muchos cristianos.

El himno de Filipenses nos coloca de frente a la crudeza de la realidad de la encarnación; el Verbo se ha anonadado, se ha encarnado y toda su divinidad cohabita con la humanidad en Jesús de Nazaret. Pero decíamos que el himno marca un derrotero espiritual para el discípulo, y he aquí el primer paso que hay que dar en el seguimiento del Nazareno: abandonar toda pretensión ególatra, descentrarnos, bajarnos del idólatrico pedestal en que nos tenemos para hacernos siervos de los otros. Sin esta actitud de fondo, no hay cristianismo posible y el inicio de la semana mayor es un buen momento para recordar que el camino hacia la Pascua inicia con el abajamiento.

“Y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz” : pero el movimiento descendente de Cristo no acaba con el simple hecho de hacerse hombre/siervo con los demás y para los demás, Él va más abajo: en su obediencia al Padre que “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad” ¹ llega hasta el extremo de la cruz, que se hace necesaria para la salvación cuando el pecado del hombre le lleva al deicidio.

¹ 1 Tm 2,4

No es que la cruz estuviera pensada por el Padre como designio cruel desde todos los siglos, sino que, al rechazar el hombre la propuesta liberadora de Dios tal cual se manifiesta en las obras y en la predicación de Jesús (Reino/reinado de Dios), y al crucificar a su Hijo, el Padre asume el sacrificio obediencial de Jesús e incorpora la cruz a su economía salvífica, de tal manera que ahora, todos los sufrientes y sacrificados por los poderes establecidos encuentran sentido en el sacrificio del Hijo que así les redime en la muerte.

He aquí el segundo momento en el itinerario espiritual del discípulo según Flp 2,6-11: la obediencia irrestricta a la voluntad del Padre. La voluntad es aquella virtud que mueve al hombre hacia la consecución de un fin, de una meta que se considera sumamente valiosa. En Dios, esa voluntad no es algo ajeno a Él, es Él mismo saliendo al encuentro de los hombres en la persona del Espíritu Santo, de tal modo que Espíritu Santo y voluntad de Dios son una y misma cosa.

Y el Espíritu es vida, capacidad de realizar lo imposible, creatividad sin límites, esperanza invencible. La obediencia que se espera del hombre no es la obediencia servil del esclavo que acriticamente acepta una disposición que le viene de fuera, más bien es la conformación de la propia voluntad/espíritu con la Voluntad/Espíritu de Dios, pues después de todo, el mismo Espíritu con que el Padre resucitó a Jesucristo de entre los muertos nos ha sido donado en el bautismo ². El que obedece al Padre es auténticamente libre porque obedece al Espíritu de libertad que mora en él como fruto de la pascua del Hijo, que le permite vivir en la libertad obediencial de los hijos de Dios.

“Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús, toda rodilla se doble, en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre”: Solo cuando el Hijo se anonada y asume la obediencia absoluta al proyecto salvífico del Padre y muere en la cruz, es exaltado, otorgándosele toda potestad y señorío. Es el triunfo escatológico del Hijo y al mismo tiempo es el triunfo definitivo del amor oblativo sobre las potencias opositoras al Reino de Dios, que es la plenitud humana.

Fijémonos que al principio del himno el sujeto de la *kénosis* es Cristo preexistente, es él quien toma la iniciativa y al final el sujeto de la exaltación es Jesús, a quien Dios da el Nombre que está sobre todo nombre y finalmente se unen los dos sujetos y así, es Cristo Jesús quien es declarado como Kyrios (Señor) para la gloria de Dios Padre.

He aquí la tercera pauta espiritual: si bien la *kénosis*/abajamiento y la ascensión de la cruz/amor oblativo que fracasa en el mundo son parte irrenunciable de la vida cristiana y corresponden al esfuerzo del hombre (es él quien tiene que bajar y amar hasta entregar la vida). Hasta aquí la pelota está en la cancha del hombre, le toca jugar con las reglas de Dios, pero es él quien juega.

Sin embargo, todo el que juega quiere ganar, es ésa la motivación de todo participante en una justa deportiva. En el caso del juego cristiano –que se llama liberación y plenitud

² Ro 8,11 “Y si el Espíritu de Aquél que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó a Cristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. “

humana- el triunfo está asegurado, no importa que las apariencias y el marcador digan lo contrario, Dios es quien le da el triunfo y le comparte el señorío de Cristo Jesús, su filiación, su Ser Hijo, su herencia.

Por lo tanto, el horizonte del cristiano está puesto en el triunfo que le espera, en la confianza absoluta de que ese triunfo no lo logra él con sus esfuerzos, pero sabiendo al mismo tiempo que el esfuerzo no le es dispensado, se lanza hacia la meta compartiendo la misma forma de pensar que tiene Jesús.



SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

1. Pablo nos invita a asumir el mismo camino de Cristo.
 - El camino que recorrió Cristo es el de hacerse pequeño, no considerarse superior o aferrarse a sus prerrogativas divinas. ¿Qué camino recorres tú?
 - Hacerse pequeño significa servir a todos, especialmente a los más vulnerables o a los enemigos, sin esperar nada a cambio. ¿ En el servicio a quién muestras que, al igual que tu Señor, te haces pequeño?

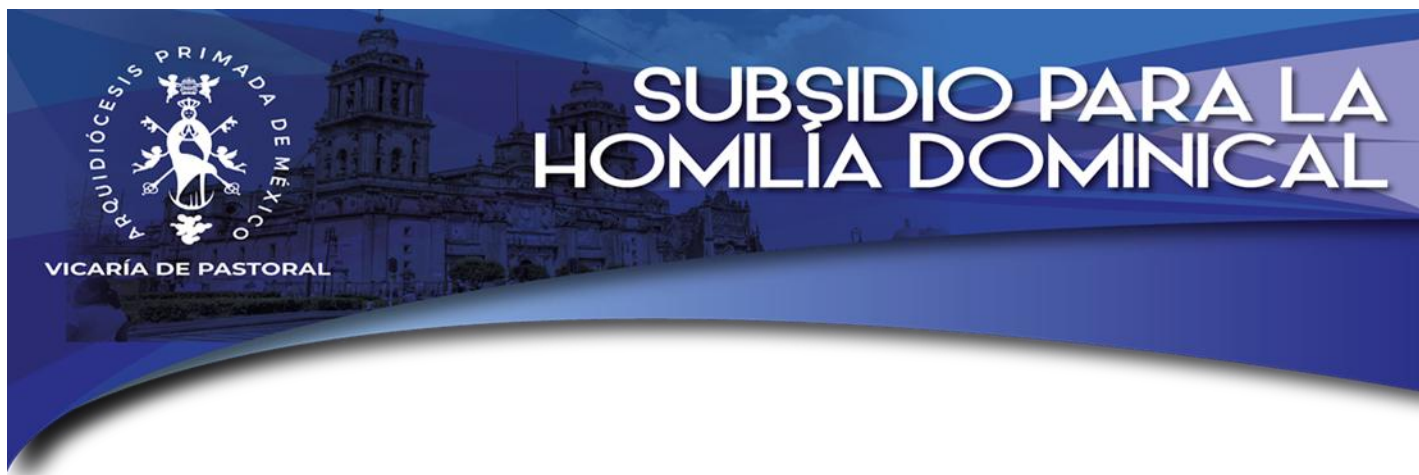


CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar con este bello canto: “Me tocas” (Salomé Arricibita).

<https://youtu.be/HpLF3uHzSYw>



LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Benedicto XVI. Audiencia general del miércoles 27 de junio de 2012: la oración en la Carta a los Filipenses.

[Audiencia general del 27 de junio de 2012 - La oración en la Carta a los Filipenses | Benedicto XVI \(vatican.va\)](#)



ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

Llamados a una altísima vocación

¡Viva el Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! Hoy viene a Jerusalén Nuestro Señor Jesucristo. Es el día en que la liturgia recuerda una semana antes de la Pascua. Es el día en que las multitudes rodean a Jesús. Entre la muchedumbre están los jóvenes. Esa gran muchedumbre se extiende a través de las naciones y los continentes. También está en torno a Cristo, mientras entra a Jerusalén, va al encuentro de su hora. Jesús sólo ingresó una vez solemnemente para la Pascua. Él ha escrito en la historia de la humanidad una vez y para siempre su venida.

Jesucristo, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, se humilló por encima de todo para exaltar y unir la exaltación del Hijo de la historia del hombre y del mundo. Todos los creyentes confesamos y profesamos el misterio Pascual de Cristo que perdura para siempre. Profesamos y anunciamos que el misterio de esa humillación que exalta de este despojo y da la vida eterna.

El hombre ha sido revelado plenamente. Cristo ha sido revelado y da a conocer su altísima vocación. El hombre existe entre el límite de la humillación y del despojo a través de la muerte y el del deseo de la exaltación, de la dignidad y de la gloria. Cuando Jesús va a Jerusalén va al encuentro del sufrimiento y al mismo tiempo va al encuentro del sufrimiento de todos los hombres, para revelar no tanto la miseria de ese sufrimiento cuanto más bien su poder redentor.

Cuando entramos con Jesús a Jerusalén, caminamos junto a Nuestro Señor. Jesús habla a todas las generaciones, pueblos, naciones culturas y generaciones. En efecto, el misterio pascual de Cristo se anuncia a todo lugar y en él descubrimos nuestra altísima vocación a la santidad. Todos llevamos en nosotros a Cristo que la resurrección misma.